

Z. MARCAS

AL SEÑOR DON GUILLERMO DE WURTEMBERG

Como una prueba de la respetuosa gratitud del autor.

No he visto nunca, ni aun entre la gente más notable de aquel tiempo, una persona cuyo aspecto fuese más sorprendente que el de aquel hombre. En primer lugar, el estudio de su fisonomía inspiraba un sentimiento lleno de melancolía, y acababa por producir una sensación casi dolorosa. Existía cierta armonía entre la persona y el nombre. Aquella Z que precedía al Marcas, que se veía en la dirección de sus cartas y que no olvidaba nunca en sus firmas, aquella última letra del alfabeto ofrecía al alma un no sé qué fatal.

¡MARCAS! Repetios este nombre compuesto de dos sílabas; ¿no le encontráis una significación siniestra? ¿no os parece que el hombre que lo lleve tiene que ser martirizado? Sin embargo, aunque raro y salvaje, este nombre tiene derecho á pasar á la posteridad: está bien compuesto, se pronuncia fácilmente y tiene esa brevedad que exigen los nombres célebres. ¿No es tan dulce como extravagante?; pero ¿no os parece también que está sin acabar? No seré yo ciertamente el que asegure que los nombres no ejercen influencia ninguna en el destino. Entre los hechos de la vida y el nombre de los hombres, existen secretas é inexpli-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO DE VES"
1916. 1003 MONTERREY, MEX.

cables concordancias ó visibles contrastes que sorprenden; muchas veces se han revelado por el nombre correlaciones lejanas, pero eficaces y que han producido su efecto. Nuestro globo está lleno y todo depende de ellas. ¡Quién sabe! acaso algún día se volverá al estudio de las ciencias ocultas.

¿No veis en la construcción de la Z una marcha contrariada? ¿no representa el zigzag aleatorio y fantástico de una vida atormentada? ¿Qué viento ha soplado sobre esa letra que, en todas las lenguas de que forma parte, apenas domina en cincuenta palabras? Marcas se llamaba Zurbano. San Zurbano es un santo muy venerado en Bretaña. Marcas era, pues, bretón.

Examinad aún este nombre: ¡Z. Marcas! Toda la vida de este hombre se resume en el conjunto fantástico de estas siete letras. ¡Siete! el más significativo de los números cabalísticos. Este hombre murió á los treinta y cinco años, de modo que su vida se compuso de siete lustros. ¡Marcas! ¿No tenéis idea de algo precioso que se rompe al caer, con ó sin ruido?

Acababa yo la carrera de derecho en París, en 1836. Vivía entonces en una posada destinada únicamente á hospedar estudiantes, una de esas posadas cuya escalera da vueltas en el fondo, alumbrada primero por la luz que penetra por la puerta de la calle, después por días de sufrimiento, y por fin por la luz de la claraboya. Había allí cuarenta cuartos amueblados como se amueblan los cuartos destinados á estudiantes. ¿Qué más necesita la juventud que lo que había allí?: una cama, algunas sillas, una cómoda, un espejo y una mesa. Tan pronto como ve el cielo azul, el estudiante abre su ventana. Pero en aquella calle no había vecinas á quien cortejar. Enfrente el Odeón, cerrado hacía ya mucho tiempo, opone á las miradas sus paredes que empiezan á ennegrecerse, las ventanitas de los palcos y su gran tejado de pizarra. Yo no era bastante rico para tener un buen cuarto, y ni

siquiera para poder tener uno para mí solo. Justo y yo participábamos de uno con dos camas, situado en el quinto piso.

De aquel lado de la escalera no había más que nuestro cuarto y otro ocupado por Z. Marcas, nuestro vecino. Justo y yo estuvimos cerca de seis meses ignorando por completo esta vecindad. Una anciana que administraba la posada, nos había dicho que el cuartito estaba ocupado, pero había añadido que no nos molestaría gran cosa, porque el inquilino era hombre excesivamente tranquilo. En efecto: durante seis meses no encontramos nunca á nuestro vecino ni oímos ruido en su casa, á pesar del poco espesor del tabique que nos separaba, que era uno de esos tabiques hechos con latas y yeso, tan comunes en las casas de París.

Nuestro cuarto, que tenía unos siete pies de altura, estaba empapelado con un papel muy malo, de un color azul sembrado de flores. El piso tenía un color que denotaba que hacía mucho tiempo que no había sido encerado. Delante de nuestras camas no teníamos más que una mala estera. La chimenea desembocaba demasiado pronto en el tejado, y ahumaba tanto que nos vimos obligados á hacerla, á expensas nuestras un poco más alta. Nuestras camas eran unas de esas camitas semejantes á las de los colegios. Sobre la chimenea no había nunca más que dos candeleros de cobre con ó sin bujías, nuestras dos pipas, tabaco desparramado ó en algún paquete, y los pequeños montoncitos de ceniza que depositaban allí nuestras visitas ó que amontonábamos nosotros mismos cuando fumábamos cigarros. Dos cortinas de india pendían de unas varillas colocadas en la parte superior de la ventana, y á ambos lados de ésta se veían dos cuerpos de biblioteca de cerezo, de esos que conocen todos los que han callejado por el barrio latino, y donde nosotros poníamos nuestros pocos libros necesarios para nuestros estudios. La tinta

estaba siempre en el tintero como la lava coagulada en el cráter de un volcán. ¿No puede hoy cualquier tintero convertirse en un Vesubio? Las plumas retorcidas servían para limpiar nuestras pipas. Al contrario de lo que ocurre según las leyes del crédito, el papel era en nuestra habitación mucho más raro que el dinero.

¿Cómo es posible que los jóvenes puedan permanecer en semejantes posadas? Por eso los estudiantes estudian en los cafés, en el teatro, en los paseos del Luxemburgo, en casa de las modistillas, en todas partes, hasta en la Escuela de derecho, menos en su horrible cuarto, horrible siempre que se trata de estudiar, y encantador cuando se charla y se fuma en él. Poned un mantel sobre aquella mesa, figuraos la comida improvisada que sirve el mejor fondista del barrio, cuatro cubiertos y dos muchachas, haced litografiar esta escena interior, y no habrá nadie que pueda menos de sonreír.

No pensábamos más que en divertirnos. La razón de nuestros desórdenes era una razón tomada de lo que la política actual tiene de más serio. Justo y yo no veíamos ningún porvenir en las dos profesiones que nuestros padres nos obligaban á abrazar. Para cada pleito y para cada enfermo hay cien abogados y cien médicos. La multitud obstruye estas dos vías que parecen conducir á la fortuna y que son dos palstras; se lucha y se mata en ellas, no con el arma blanca ni con el arma de fuego, sino con la intriga y la calumnia, con horribles trabajos y con campañas intelectuales tan homicidas como lo fueron las de Italia para los soldados republicanos. Hoy que todo es combate de inteligencia, es preciso saber permanecer sentado cuarenta y ocho horas en un sofá y ante una mesa, del mismo modo que permanecería un general dos días en la silla de un caballo. La afluencia de los postulantes ha obligado á la medicina á dividirse en categorías; hoy hay la medicina que escribe, la medi-

cina que profesa, la medicina política y la medicina militante; cuatro maneras diferentes de ser médico, cuatro secciones que están ya llenas. Respecto á la quinta división, á la de los doctores que venden remedios, hay una gran competencia, y se batan en ella á golpes de anuncios informes colocados en las paredes de París. En todos los tribunales hay casi tantos abogados como causas. El abogado se ha dedicado al periodismo, á la política y á la fortuna. Finalmente, el Estado, al ver la competencia y el afán que hay por los más insignificantes empleos de la magistratura, ha acabado por exigir cierta fortuna á los solicitantes. La cabeza piriforme del hijo de un tendero rico es preferida á la cabeza cuadrada de un joven de talento sin un céntimo. Trabajando con entusiasmo, desplegando toda su energía, un joven que parta de cero, puede encontrarse, al cabo de diez años, por debajo del punto de partida. Hoy el talento tiene que tener la suerte que hace lograr su objeto y deseos á la incapacidad; es más, si falta á las bajas condiciones que proporciona el éxito á las rastreras medianías, no llegará nunca á ser nada.

Si conocíamos perfectamente nuestra época, nos conocíamos también á nosotros mismos y preferíamos la ociosidad de los pensadores á una actividad sin objeto, la molicie y el placer á los trabajos inútiles que hubiesen fatigado nuestro valor y hubiese agotado nuestras mejores energías intelectuales. Habíamos analizado el estado social riéndonos, fumando y paseándonos; pero no por eso eran menos juiciosas ni menos profundas nuestras conversaciones y reflexiones.

Al mismo tiempo que observábamos el ilotismo á que está condenada la juventud, nos asombrábamos de la brutal indiferencia del poder por todo lo que afecta á la inteligencia, al pensamiento y á la poesía. ¡Qué miradas cambiábamos muchas veces Justo y yo cuando, al leer los periódicos, nos enterábamos de los

acontecimientos políticos, comentando las sesiones de las cámaras y discutiendo la conducta de una corte cuya voluntaria ignorancia sólo puede compararse á la simpleza de los cortesanos, á la vulgaridad de los hombres que forman un cerco en torno del nuevo trono, todos sin talento ni alcances, sin gloria ni ciencia y sin influencia ni grandeza! ¡Qué mayor elogio de la corte de Carlos X que la corte actual, si es que á esto puede llamársele corte! ¡Qué odio contra el país en la naturalización de vulgares extranjeros, entronizados en la Cámara de los pares! ¡Qué negación de justicia! ¡qué insulto hecho á los talentos y ambiciones nacidos en el suelo! Mirábamos todas aquellas cosas como si fuese un espectáculo, y las lamentábamos, sin tomar resolución alguna.

Justo, á quien nadie fué á buscar y que no hubiera ido á buscar á nadie, era á los veinticinco años un profundo político, un hombre de una aptitud maravillosa para percibir las relaciones lejanas entre los hechos presentes y los hechos futuros. En 1831 me dijo lo que tenía que ocurrir y que ocurrió: los asesinatos, las conspiraciones, el reinado de los judíos, la penuria causada por los movimientos de Francia, la escasez de inteligencia en la clase superior y la abundancia de talentos en las clases bajas, donde los más hermosos caracteres se extinguen bajo las cenizas del cigarro. ¿Qué hacer? Su familia quería que fuese médico. Ser médico ¿no equivalía á tener que esperar veinte años para procurarse una clientela? ¿Sabéis lo que ha sido de él? No, ¿verdad? Pues bien, es médico, pero ha dejado la Francia y está en Asia. En este momento sucumbe acaso á la fatiga en un desierto, muere sin duda bajo los golpes de una horda salvaje. ó es quizá primer ministro de algún príncipe indio. Mi vocación, por mi parte, es la acción. Salido á los veinte años de un colegio, me era imposible estudiar para militar á no ser sentando plaza de soldado, y cansado de la triste perspectiva que ofrece el

estado de abogado, adquirí los conocimientos necesarios para un marino. Imito á Justo, abandono á Francia, donde para hacerse plaza se gastan el tiempo y la energía necesarios para más altas creaciones. Imítadme, amigos míos, yo voy allí donde puede uno dirigir su destino á su antojo.

Estas grandes resoluciones fueron tomadas fríamente en la habitación aquella de la posada de la calle de Corneille, al mismo tiempo que íbamos al baile de Musard y á cortejar con las alegres jóvenes, haciendo una vida loca é indolente en apariencia. Nuestras resoluciones y nuestras reflexiones fueron maduradas largo tiempo. Marcas, nuestro vecino, fué en cierto modo el guía que nos llevó al borde del precipicio ó del torrente, el que nos lo hizo medir, y el que nos mostró de antemano cuál sería nuestro destino si nos dejábamos caer en él. El fué quien nos puso en guardia contra las prórrogas que concede la miseria y que sanciona la esperanza, aceptando posiciones precarias en que se lucha, dejándose llevar por la corriente de París, ese gran cortesano que os toma y os deja con la misma facilidad, que consume las mayores voluntades con esperas engañosas, y en donde el Infortunio es entretenido por la Suerte.

Nuestro primer encuentro con Marcas nos causó una especie de deslumbramiento. Cuando volvíamos de las clases, antes de la hora de comer, acostumbrábamos siempre á subir á nuestras habitaciones y permanecíamos un momento en ellas esperándonos uno á otro, para saber si había alguna variación en nuestros planes de la noche. Un día, á las cuatro de la tarde, Justo vió á Marcas en la escalera; yo lo encontré cuando estaba ya en la calle. Estábamos entonces en el mes de noviembre, y Marcas iba sin abrigo; llevaba unos zapatos de gruesas suelas, un pantalón de lona que le llegaba hasta los pies, y una levita azul cerrada y abotonada hasta el cuello, que daba á su busto cierto aire militar, tanto más cuanto que lle-

vaba una corbata negra. Este traje no tiene nada de extraordinario, pero guardaba perfecta armonía con los modales y la fisonomía de aquel hombre. Al verle, mi primera impresión no fué la sorpresa, ni el asombro, ni la tristeza, ni el interés, ni la piedad, sino una curiosidad que participaba de todos estos sentimientos. Andaba muy despacio, con paso que denotaba profunda melancolía, y la cabeza inclinada hacia adelante, aunque no hundida como acostumbran á llevarla los que saben que son culpables. Su cabeza grande y bien conformada, que parecía contener los tesoros necesarios para un ambicioso de primer orden, parecía que iba cargada de pensamientos; sucumbía bajo el peso de un dolor moral, pero no había el menor indicio de remordimientos en sus facciones. Respecto á su cara, quedará descrita con dos palabras. Según una opinión bastante popular, no hay cara humana que no tenga semejanza con algún animal. El animal á que se parecía Marcas era el león. Sus cabellos parecían la melena; su nariz era corta, aplastada, ancha y hendida por la punta como la del león; tenía la frente partida como la de este animal, por un surco pronunciado que la dividía en dos vigorosos lóbulos. Finalmente, sus velludos pómulos, que la sequedad de sus mejillas contribuía á hacer más salientes, su boca enorme y sus mejillas enjutas, estaban animadas por un no sé qué de arrogante, y realzadas por un colorido lleno de tonos amarillentos. Este rostro tan terrible parecía iluminado por dos luces, dos ojos negros, pero de una dulzura infinita, serenos, penetrantes y llenos de pensamientos. Si se me permite la frase, diré que sus ojos estaban humillados. Marcas temía mirar, más bien que por él, por aquellos á quienes dirigía sus fascinadoras miradas; poseía un poder y no quería ejercerlo; iba huyendo el encuentro con los transeuntes y temblaba ante la idea de que pudiesen fijarse en él. Aquello no era modestia, sino resignación; pero no la resignación cristiana

que implica la caridad, sino la resignación aconsejada por la razón que ha demostrado la inutilidad momentánea de los talentos, y la imposibilidad de penetrar y vivir en el medio que nos es propio. Aquella mirada podía convertirse en rayo en ciertos momentos. De aquella boca debía salir una voz tonante, pues se parecía mucho á la de Mirabeau.

—Acabo de ver en la calle á un hombre extraordinario, dije á Justo al entrar.

—Debe ser nuestro vecino, me respondió Justo haciéndome la descripción del hombre que yo había encontrado. Un hombre que vive como una cucaracha tenía que ser así, dijo después de terminar de hacer su descripción.

—¡Qué abatimiento! ¡qué grandeza!

—El uno está en razón de la otra.

—¡Cuántas esperanzas frustradas! ¡cuántos proyectos abortados!

—¡Siete leguas de ruinas, obeliscos, palacios, torres! ¡las ruinas de Palmira en el desierto! me dijo Justo riéndose.

Llamábamos á nuestro vecino las ruinas de Palmira. Cuando salimos para ir á comer al triste fonducho de la calle del Harpe, donde estábamos abonados, preguntamos el nombre del número 37, y entonces oímos el prestigioso nombre de Z. Marcas. Como niños que éramos, repetimos más de cien veces, y con las inflexiones más variadas, burlonas ó melancólicas, aquel nombre cuya pronunciación se prestaba para nuestras bromas. Justo llegó por momentos á pronunciar la Z imitando al cohete á su salida, y, después de pronunciar con énfasis la primera sílaba del nombre, imitaba una caída con la sorda brevedad con que pronunciaba la última.

—¡Ah! ¿dónde y cómo vivirá ese hombre?

De esta pregunta al inocente espionaje que aconseja la curiosidad, no había más que el intervalo exigido para la ejecución de nuestro proyecto. En lugar

de callejear, volvimos provistos de sendas novelas y nos pusimos á leer al mismo tiempo que escuchábamos. En medio del profundo silencio de nuestras bohardillas, oímos el suave y acompasado ruido producido por la respiración de un hombre que duerme.

—Duerme, dije á Justo, pues yo había sido el primero en observar este hecho.

—A las siete de la tarde, me respondió el doctor.

Tal era el nombre que yo daba á Justo, el cual, á su vez, me llamaba el ministro de justicia.

—Es preciso ser muy desgraciado para dormir tanto como duerme nuestro vecino, dije saltando sobre nuestra cómoda con un enorme cuchillo en la mano, cuyo mango estaba provisto de un sacacorchos.

Hice en la parte superior del tabique un agujerito redondo del tamaño de un real de plata. No había pensado en que no tenía luz, y cuando apliqué el ojo al agujero, no vi más que tinieblas. Cuando á eso de la una de la mañana, después de haber acabado de leer las novelas, íbamos á desnudarnos, oímos ruido en el cuarto de nuestro vecino, que se levantó, hizo sonar una cerilla y encendió su luz. Volví á subir á la cómoda, y entonces vi á Marcas sentado á su mesa y copiando documentos. Su cuarto era la mitad más pequeño que el nuestro, y su cama ocupaba un rincón al lado de la puerta; pues el espacio ocupado por el descansillo, mermaba parte de su habitación, y el terreno en que la casa estaba construída debía ser irregular, porque su habitación tenía la forma de un trapecio. No había chimenea, y sí únicamente una pequeña estufa de porcelana blanca con manchas verdes, cuyo tubo salía por el tejado. La ventana abierta en una de las paredes estaba provista de unas malas cortinas encarnadas. Un sofá, una mesa y una miserable mesilla de noche componían el mueblaje. Ponía su ropa en un armario practicado en una de las paredes. El papel que cubría á éstas era horroroso. Indu-

dablemente, hasta que Marcas había ido, aquella habitación sólo había estado ocupada por algún criado.

—¿Qué has visto? me preguntó el doctor cuando bajé.

—Mira tú mismo, le respondí.

Al día siguiente á las nueve y media de la mañana, Marcas estaba acostado. Había almorzado un pedazo de longaniza, y nosotros vimos en un plato, entre las migajas de pan, los restos de este alimento que nos era tan conocido. Marcas dormía, y no se despertó hasta las once. Se puso á copiar el documento de por la noche, que estaba sobre la mesa. Al bajar, preguntamos el precio de aquel cuarto y supimos que pagaba quince francos mensuales. Al cabo de algunos días, conocimos ya perfectamente el género de vida de Z. Marcas. Hacía copias á tanto el pliego sin duda, por cuenta de una agencia que había en el patio de la Saint-Chapelle; trabajaba durante la mitad de la noche; después de haber dormido de seis á diez, volvía á reanudar su trabajo hasta las tres de la tarde; salía entonces para llevar sus copias antes de comer, y se iba á llenar esta necesidad á la calle Michel-le-Comte, á casa de Miserai, que hacía pagar cuarenta y cinco céntimos por comida, y á las seis volvía á acostarse. Nos quedó demostrado evidentemente que Marcas no pronunciaba quince frases al mes, no hablaba con nadie ni se decía una palabra á sí mismo en su horrible bohardilla.

—Es indudable que las ruinas de Palmira están terriblemente silenciosas, exclamó Justo.

Este silencio, en un hombre cuyo exterior era tan imponente, tenía algo de profundamente significativo. Algunas veces, al encontrarnos con él, cambiábamos miradas llenas de pensamientos por una y otra parte; insensiblemente, aquel hombre pasó á ser objeto de una íntima admiración, sin que pudiésemos explicarnos la causa. ¿Dependía de sus costumbres secretas, de su regularidad monástica, de su frugalidad de so-

litario, de su obstinado trabajo que permitía al pensamiento permanecer neutro ó ejercitarse, y que acusaba la espera de algún acontecimiento feliz ó de una determinación hecha? Después de habernos paseado mucho tiempo por las ruinas de Palmira, las olvidamos; ¡éramos tan jóvenes! Después, vino el carnaval, ese carnaval parisiense que, en lo sucesivo, sobrepusará al antiguo carnaval de Venecia, y que, dentro de algunos años, atraerá á Europa á París, si algunos ridículos prefectos de policía no se oponen á ello. Debía de tolerarse el juego durante el carnaval; pero los estúpidos moralistas que han hecho suprimir el juego no restablecerán esa llaga necesaria hasta que se pruebe que Francia va á dejar sus millones á Alemania.

Como ocurre á todos los estudiantes, aquel carnaval fué causa para nosotros de una gran miseria. Nos habíamos deshecho de los objetos de lujo, habíamos vendido nuestras levitas de repuesto, nuestras botas y nuestros chalecos, en una palabra, todo lo que teníamos doble, excepto de nuestro amigo. Comíamos pan y salchichas, andábamos con precaución, nos habíamos puesto á trabajar, debíamos dos meses de posada, y estábamos seguros de tener en la portería sendas facturas de cuarenta á cincuenta francos. Ya no íbamos atolondrados y alegres al atravesar el último descanso de la escalera, que procurábamos evitar pegando un salto desde el último tramo á la calle. El día que faltó el tabaco á nuestras pipas, nos apercebimos de que hacía algún tiempo que comíamos el pan sin ninguna clase de manteca. Nuestra tristeza fué inmensa.

—¡Sin tabaco! dijo el doctor.

—¡Y sin abrigos! dijo el ministro de justicia.

—¡Ah! necios, ¡os disfrazasteis de postillones! ¡habéis querido gozar, almorzando por la mañana y comiendo por la noche en casa de Beri, y á veces en el Rocher de Cancale!... Pues bien, ¡á pan seco, caba-

lleritos! ¡Debíais dormir debajo de la cama, dije ahuecando la voz, porque sois indignos de dormir encima!

—Sí, pero, ministro de justicia, el caso es que no tenemos tabaco, dijo Justo.

—Ya es tiempo de escribir á nuestras tías, á nuestras madres y á nuestras hermanas diciéndoles que no tenemos ropa y que las calles de París serían capaces de romperla aunque fuera de alambre. Resolveremos un hermoso problema de química cambiando la ropa en dinero.

—Sí, pero ¿cómo nos arreglaremos para vivir hasta que contesten?

—Yo voy á hacer un empréstito yendo á casa de un amigo mío, que seguramente no habrá agotado sus capitales.

—Y ¿cuánto encontrarás?

—¡Toma! diez francos, respondí yo con orgullo.

Marcas lo había oído todo; eran las doce del día, llamó á nuestra puerta y nos dijo:

—Señores, aquí tienen ustedes tabaco; ya me lo devolverán cuando puedan.

Quedamos admirados, no de la oferta, que fué aceptada, sino de la riqueza, de la profundidad y de la plenitud de aquel órgano, que sólo puede compararse á la cuarta cuerda del violón de Paganini. Marcas desapareció sin esperar á que le diésemos las gracias. Justo y yo nos miramos en silencio. ¡Ser socorridos por quien evidentemente era más pobre que nosotros! Justo se puso á escribir á toda su familia y yo fui á negociar el préstamo. Yo encontré veinte francos en casa de un compatriota. En aquellos desgraciados buenos tiempos, el juego existía aún, y en sus venas, duras como las vetas del Brasil, los jóvenes, arriesgando poca cosa, tenían probabilidad de ganar algunas monedas de oro. El compatriota tenía tabaco turco traído de Constantinopla por un marino, y me dió otro tanto como el que habíamos recibido de Z. Marcas. Llevé la rica carga al puerto, y fuimos

triumfalmente á devolver al vecino una voluptuosa y rubia cantidad de tabaco turco en cambio de su tabaco de sargento.

—No han querido ustedes deberme nada, dijo, y me devuelven oro por cobre. Son ustedes muchachos... pero buenos muchachos.

Estas tres frases, dichas en diferentes tonos, fueron acentuadas de diversas maneras. Las palabras no eran nada, sino el acento... ¡Ah! el acento parecía denotar que éramos amigos hacía ya diez años. Al oírnos llegar, Marcas había escondido sus copias; comprendimos que hubiera sido una indiscreción hablarle de sus medios de existencia, y nos sentimos avergonzados por haberle espiado. El armario estaba abierto, y no había en él más que dos camisas, una corbata blanca y una navaja de afeitar. La navaja de afeitar me hizo temblar. Un espejo, que podía valer unos cinco francos, estaba colgado cerca de la ventana. Los gustos sencillos y raros de aquel hombre tenían una especie de grandeza salvaje. El doctor y yo nos miramos para saber lo que debíamos responder. Justo, al verme azorado, preguntó con desenvoltura á Marcas:

—¿Cultiva el señor la literatura?

—¡Me he guardado bien de hacerlo! respondió Marcas, no sería tan rico como soy.

—Yo creía, le dije, que la poesía era la única que podía sostener á un hombre en la mala situación en que nosotros nos encontramos.

Mi reflexión hizo sonreír á Marcas, y esta sonrisa dió cierta gracia á su cara amarilla.

—También la ambición es muy severa para los que no logran salir airosos, dijo. Por eso les aconsejo que ustedes, que empiezan ahora la vida, vayan por los senderos trillados, que no piensen en llegar á ser superiores, porque estarían ustedes perdidos.

—¿Nos aconseja usted que sigamos siendo lo que somos? dijo sonriendo el doctor.

La juventud tiene en sus bromas una gracia tan comunicativa é infantil, que la frase de Justo hizo sonreír de nuevo á Marcas.

—¿Qué acontecimientos han podido sugerir á usted esa horrible filosofía? le dije.

Olvidé aún una vez más que la suerte es el resultado de una inmensa ecuación cuyas raíces no nos son todas conocidas. Cuando se parte de cero para llegar á la unidad, las probabilidades son incalculables. Para los ambiciosos, París es una inmensa ruleta, y todos los jóvenes creen que han de encontrar en ella una victoriosa martingala.

Nos presentó el tabaco que yo le había dado, para invitarnos á fumar con él; el doctor fué á buscar nuestras pipas, Marcas cargó la suya, y después vino á sentarse á nuestro cuarto llevándose consigo el tabaco, porque en su habitación no había más que una silla y un sofá. Ligero como una ardilla, Justo bajó y apareció con un muchacho que llevaba tres botellas de vino de Burdeos, queso de Brie y pan.

—Bueno, dije para mis adentros sin eugañarme en lo más mínimo, ¡quince francos!

En efecto, Justo colocó gravemente cinco francos sobre la chimenea.

Existen inconmensurables diferencias entre el hombre social y el que vive unido á la naturaleza. Una vez cogido, Toussaint Louverture murió sin proferir palabra. Napoleón, una vez en su roca, charló como una cotorra; quiso explicarse. En provecho nuestro únicamente, Z. Marcas cometió la misma falta. El silencio y toda su majestad sólo es propio del salvaje. No hay criminal que, pudiendo guardar sus secretos hasta el momento en que el verdugo hace caer su cabeza en el terrible cesto, no experimente la necesidad puramente moral de decírselos á alguien. Me equivoco. Hemos visto á uno de los Irocois del arrabal Saint-Marceau poniendo á la naturaleza parisiense á la altura de la naturaleza salvaje: un hombre, un republi-

cano, un conspirador, un francés, un anciano hizo más de lo que nosotros hemos oído decir de la firmeza negra, y del desprecio y la calma que en medio de sus derrotas atribuye Cooper á las pieles rojas. Morey, ese Guatimocín (1) de la Montagne, guardó una actitud inaudita en los anales de la justicia europea. He aquí lo que nos contó Marcas aquella mañana, entrecortando su relato con tostadas untadas de queso y humedecidas con vasos de vino. El tabaco se consumió todo. A veces, los coches que atravesaban la plaza del Odeón y los ómnibus con su continuo rodar, hacían llegar un ruido hasta nosotros como para demostrarnos que París seguía estando allí.

Su familia era de Vitré, y sus padres vivían con su renta de mil quinientos francos. Había hecho sus estudios gratuitamente en un seminario, y se había negado á ser cura; sintió en su interior el fuego de una ambición excesiva, y había venido á pie á París, á la edad de veinte años, con doscientos francos por todo capital. Trabajando en casa de un procurador, donde había llegado á primer pasante, logró hacer la carrera de derecho. Era doctor en esta facultad, poseía la antigua y nueva legislación y podía competir con los más célebres abogados. Sabía el derecho de gentes y conocía todos los tratados europeos y las costumbres internacionales. Había estudiado los hombres y las cosas en cinco capitales: Londres, Berlín, Viena, San Petersburgo y Constantinopla. Nadie conocía mejor que él los precedentes de la cámara. Durante cinco años, había hecho las revistas de las sesiones para un periódico. Improvisaba, hablaba admirablemente y podía perorar mucho tiempo con aquella voz graciosa, profunda, que nos había llegado hasta el alma. Por el relato de su vida, nos probó que era gran orador, orador conciso, grave, y sin embargo, de penetrante

(1) Último emperador indio de Méjico; fué muerto por los españoles después de una defensa heroica. (N. del T.)

elocuencia: tenía algo de Berryer por el calor y los movimientos simpáticos á las masas; tenía algo de Thiers por la astucia y por la habilidad; pero hubiese sido menos difuso y más rápido para sacar sus conclusiones; contaba pasar bruscamente al poder, sin haberse empeñado en la defensa de doctrinas, necesarias en un principio para el hombre de posición, y que perjudican más tarde al hombre de Estado.

Marcas había estudiado todo lo que un verdadero hombre de Estado debía saber; de modo que su asombro fué grande cuando tuvo ocasión de ver la profunda ignorancia de la gente que dirige en Francia los negocios públicos. Si su vocación le había inclinado al estudio, la naturaleza se había mostrado pródiga con él y le había concedido lo que no puede adquirirse: una penetración viva, el imperio sobre sí mismo, gran rapidez para juzgar, decisión, y lo que constituye el genio de los hombres, una gran fertilidad de medios.

Cuando se creyó suficientemente armado, Marcas encontró á Francia presa de las divisiones intestinas nacidas al triunfo de la rama de Orleans sobre la rama mayor. Evidentemente, el terreno de las luchas políticas ha cambiado. La guerra civil no puede durar mucho tiempo, y no será ya en provincias. En Francia no habrá más que un combate de corta duración, en el interior mismo del gobierno, y que terminará con la guerra moral que las inteligencias privilegiadas habrán hecho de antemano. Este estado de cosas durará mientras que Francia tenga su singular gobierno que no tiene analogía con el de ningún país, pues existe la misma diferencia entre el gobierno inglés y el nuestro que la que existe entre los dos territorios. El sitio de Marcas estaba, pues, en la prensa política. Como era pobre y no podía hacer que lo eligiesen diputado, tenía que darse á conocer de algún modo. Haciendo el mayor sacrificio que puede hacer un hombre de talento, resolvió subordinarse á algún diputado rico y

ambicioso, para quien trabajó. Este nuevo Colbert esperaba encontrar á Mazarino. Hizo inmensos favores, y los hizo sin echárselas de grande ni hacer nada que justificase una ingratitud, y con la esperanza de que su protector lo pondría en disposición de ser elegido diputado. Marcas no deseaba más que la cantidad necesaria para adquirir una casa en París, á fin de satisfacer las exigencias de la ley. Ricardo III no quería más que su caballo.

En tres años, Marcas creó á una de esas cincuenta pretendidas capacidades políticas que son las raquetas con que dos manos hábiles manejan las carteras, enteramente lo mismo que el dueño de los muñecos hace chocar al comisario de policía y al polichinela en su teatro al aire libre, esperando siempre hacer su agosto. Aquel hombre sólo logró ser conocido gracias á Marcas; pero tuvo bastante capacidad para apreciar el valor de su tintorero y para saber que una vez que Marcas lograra subir, sería considerado como hombre necesario, mientras que él sería deportado á las colonias polares del Luxemburgo. Resolvió, pues, crear invencibles obstáculos para el ascenso de su director, y ocultó este pensamiento bajo las fórmulas de una fidelidad absoluta. Como todos los hombres bajos, supo disimular á las mil maravillas, se alistó en el campo de la ingratitud para matar á Marcas á fin de no ser muerto por él. Estos dos hombres, tan unidos en apariencia, se odiaron tan pronto como se descubrió el engaño. El hombre de Estado formó parte del ministerio, y Marcas permaneció en la oposición para impedir que atacasen á su ministro, el cual, gracias á los inauditos esfuerzos del periodista, logró los elogios de la oposición. Para no tener que recompensar á su ayudante, el hombre de Estado pretextó la imposibilidad de colocar de pronto y sin tomar hábiles precauciones á un hombre de la oposición. Marcas había contado con un empleo, para obtener por medio de un casamiento la tan deseada facultad de ser elegido dipu-

tado. Tenía treinta y dos años y preveía la disolución de las cortes. Después de haber cogido al ministro en flagrante delito de mala fe, lo derribó, ó por lo menos, contribuyó mucho á su caída, y lo sepultó en el fango.

Todo ministro caído, para volver al poder, tiene que mostrarse temible; aquel hombre, que se había embriagado con lo elevado de su posición y que se creyó ministro por mucho tiempo, reconoció sus culpas; al confesarlas, hizo un pequeño favor de dinero á Marcas, que se había empeñado durante aquella lucha. Sostuvo el periódico en que éste trabajaba y logró que le concediesen la dirección. Aunque despreciaba á aquel hombre, Marcas, que recibía en cierto modo las arras, consintió en hacer causa común con el ministro caído. Sin poner en juego aún todas las baterías de su superioridad, Marcas logró ascender por primera vez, y mostró la mitad de sus dotes. El ministerio no duró más que ciento ochenta días. Marcas, puesto en relación con algunos diputados, los manejó como si fuesen un maniquí, dándoles á todos una idea de su elevado talento. Su maniquí formó, de nuevo, parte del ministerio, y el periódico se hizo ministerial. El ministerio unió este periódico á otro, únicamente para anular á Marcas, el cual, en esta fusión, tuvo que ceder su puesto á un competidor rico é insolente, cuyo nombre era conocido y que tenía puesto ya el pie en el estribo. Marcas volvió á caer en la más profunda miseria, y su altanero protegido conocía perfectamente la profundidad del abismo en que lo sumergía. ¿Adónde ir? Los periódicos ministeriales, advertidos por bajo cuerda, no querían nada con él. Los periódicos de la oposición se negaban á admitirle en sus redacciones. Marcas no podía pasarse ni á los republicanos, ni á los legitimistas, dos partidos cuyo triunfo suponía la caída del actual estado de cosas.

— Los ambiciosos gustan siempre de la actualidad, nos dijo sonriéndose.

Vivió de algunos artículos relativos á empresas co-

merciales. Trabajó en una de las enciclopedias que ha intentado producir la especulación, pero no la ciencia. Por fin, se fundó un periódico que sólo debía vivir dos años, pero que buscó á Marcas para que lo redactase; desde entonces, trabó conocimiento con los enemigos del ministro, pudo entrar á formar parte del partido que quería la caída del ministerio, y una vez que pudo manejar su pico, el gobierno fué derribado.

El periódico de Marcas había muerto hacía seis meses, no había podido encontrar colocación en ninguna parte, lo hacían pasar por hombre peligroso y la calumnia hacía presa en él: decíase que acababa de matar una operación financiera é industrial con algunos artículos y con un libelo. Decíase que era órgano de un banquero que le había pagado espléndidamente y de quien sin duda esperaba él grandes favores á causa de su adhesión. Aburrido de los hombres y de las cosas, cansado de una lucha de cinco años, Marcas, considerado más bien como un *condottiere* que como un gran capitán, anonadado por la necesidad de buscarse el pan, lo cual le impedía ganar terreno, convencido de la influencia del dinero sobre el pensamiento y presa de la más profunda miseria, se había retirado á su buhardilla, ganando seis reales diarios, suma estrictamente necesaria para cubrir sus necesidades. La meditación parecía haberle rodeado de desiertos. Leía los periódicos para estar al corriente de los acontecimientos. También Pozzo de Borgo estuvo así mucho tiempo. Sin duda Marcas meditaba el plan de un ataque serio, se acostumbraba al disimulo y se acusaba de sus faltas con un silencio pitagórico. No nos dijo las razones de su conducta.

Es imposible contaros las escenas de alta comedia que estaban escondidas bajo aquella síntesis algébrica de su vida: las facciones inútiles hechas al pié de la fortuna que se le escapaba, las largas persecuciones á través de las malezas parisienses, las correrías del jadeante pretendiente, las tentativas hechas por imbécí-

les, los proyectos sentados que abortaban por la influencia de una mujer inepta, las conferencias con mercachifles, que querían que sus fondos les valiesen la dignidad de par y gruesos intereses; las esperanzas llegadas á la cima y que caían después al fondo del abismo dividiéndose en dos mil pedazos; las maravillas operadas para unir á personas de intereses contrarios, que se separaban después de haber estado unidos una semana; los disgustos mil veces repetidos de ver á un estúpido condecorado con la Legión de Honor, el cual, á pesar de su ignorancia de hortera, era preferido á un hombre de talento; después, lo que llamaba Marcas las estratagemas de la estupidez: se le habla á un hombre, parece convencido, menea la cabeza y todo va á arreglarse; al día siguiente, aquella pelota de goma, que se ha dejado comprimir un momento, vuelve á recobrar por la noche su consistencia, y hay que empezarlo todo de nuevo, y volvéis á trabajar hasta que os quedáis convencidos de que no tenéis que habéroslos con un hombre, sino con una almáciga que se seca al sol.

Estas mil decepciones, estas inmensas pérdidas de fuerza humana derramada en puntos estériles, la dificultad para obrar el bien, la increíble facilidad para hacer el mal, dos grandes campañas emprendidas, dos veces ganadas y dos veces perdidas, el odio de un hombre de Estado, verdadera cabeza de madera, pero á quien se daba fe, todas estas grandes y pequeñas cosas habían contribuido, no á desanimar á Marcas, sino á abatirlo momentáneamente. Los días en que había tenido dinero, sus manos no lo habían retenido, y se había proporcionado el celestial placer de enviarlo todo á su familia, á sus hermanos, á sus hermanas y á su anciano padre. Él, como Napoleón cuando estuvo caído, no necesitaba más que seis reales diarios, y cualquier hombre de energía puede ganar esta cantidad en París.

Una vez que Marcas acabó de hacernos su relato,

sembrado de reflexiones, máximas y observaciones que denotaban al gran político, bastaron algunas preguntas y algunas respuestas mutuas sobre la marcha de las cosas en Francia y en Europa, para que nos quedase demostrado que Marcas era un verdadero hombre de Estado, pues los hombres pueden ser pronto y fácilmente juzgados cuando consienten en descender al terreno de las dificultades: hay para los hombres superiores *Shibolet*, y nosotros éramos de la tribu de los levitas modernos, sin estar aún en el templo. Como os he dicho ya, nuestra vida ocultaba los proyectos que Justo ha ejecutado por su parte y que yo voy á llevar á la práctica.

Después de habernos comunicado mutuamente nuestros propósitos, salimos los tres y nos fuimos á pasear, esperanto la hora de comer, y á pesar del frío, por el jardín del Luxemburgo. Durante este paseo, la conversación, siempre grave, versó sobre los puntos dolorosos de la situación política. Cada uno de nosotros dijo su frase, su observación, su broma ó su máxima. Ya no se trataba exclusivamente de la vida en las proporciones colosales que acababa de pintarnos Marcas, el soldado de las luchas políticas. No existió tampoco el honroso monólogo del navegante sepultado en la horrible buhardilla de la posada Cornelle, sino que se entabló un diálogo en que dos jóvenes instruidos, que habian juzgado á su época, investigaban y trataban de iluminar su porvenir bajo la dirección de un hombre de talento.

—¿Por qué no imitó usted al único hombre que supo conducirse bien desde la revolución de julio acá, manteniéndose siempre á flote? le preguntó Justo.

—¿No le he dicho á usted que no conocemos todas las raíces de la suerte? Carrel estaba en una posición idéntica á la de ese orador. Ese sombrío joven, ese espíritu amargo, llevaba todo un gobiernó en su cabeza; ese de quien usted me habla, sólo pretende figurar en segundo término en cada uno de los acon-

tecimientos; de los dos, Carrel era el hombre fuerte, y sin embargo, el uno llega á ministro y Carrel sigue siendo periodista; el hombre incompleto, pero sutil, existe; Carrel muere. No olvide usted que ese hombre ha invertido quince años en recorrer su carrera y aun sigue recorriéndola, si es que no se ve cogido en el camino y no se ve aplastado por dos carretas llenas de intrigas en la gran senda del poder. No tiene casa, no tiene, como Metternich, el palacio del favor, ó, como Villele, el techo protector de una mayoría compacta. Dentro de diez años, no creo que subsista la forma actual. Suponiendo tan triste mi porvenir, creo que ya no estoy á tiempo de hacer nada, pues, para no ser arrollado por el movimiento que preveo, debería tener ya una posición superior.

—¿Qué movimiento? dijo Justo.

—AGOSTO de 1830, respondió Marcas con tono solemne, tendiendo la mano hacia París. El AGOSTO hecho por la juventud que ha liado la gavilla, el AGOSTO hecho por la inteligencia que había madurado sus frutos, ha olvidado la parte de la juventud y de la inteligencia. La juventud estallará como la caldera de una máquina de vapor. La juventud no tiene salida en Francia, donde se va amontonando una avalancha de capacidades desconocidas y de ambiciones legítimas é inquietas. Se casan poco, y las familias no saben qué hacer de sus hijos; ¿cual será la chispa que ponga en movimiento estas masas? no lo sé; pero sé que se precipitarán y revolverán contra el estado actual de cosas, y lograrán derribarlo. Existen leyes de fluctuación que rigen á las generaciones, y que el imperio romano desconoció cuando llegaron los bárbaros. Hoy los bárbaros son las inteligencias. Las leyes del exceso obran en este momento lentamente y en medio de nosotros. El gobiernó es el gran culpable; desconoce los dos poderes á que debe todo, se ha dejado atar las manos por los absurdos del contrato, y todo está preparado como para inmolar una víctima. Luis XIV,

Napoleón é Inglaterra estaban y están ávidos de juventud inteligente. En Francia, la juventud está condenada por la igualdad nueva, por las malas condiciones del principio electivo y por los vicios de la constitución ministerial. Si examináis los elementos que componen la cámara electiva, veréis que no hay en ella diputados de treinta años de edad. La juventud de Richelieu y la de Mazarino, la juventud de Turenne y la de Colbert, la de Pitt y la de Saint-Just, la de Napoleón y la del príncipe de Metternich no encontraría allí puesto; Burke, Sheridan y Fox no podrían sentarse allí. Se hubiera podido señalar la mayoría política en la edad de veintiún años, y no exigir á la elegibilidad ninguna otra condición, y los distritos no hubieran elegido á los diputados actuales, gente sin talento político, incapaces de hablar sin estropear la gramática, y entre los cuales, en diez años, apenas si se ha encontrado un hombre de Estado. Es fácil adivinar los motivos de un acontecimiento futuro; pero no se puede prever cuál será la circunstancia que lo determinará. En este momento, se empuja la juventud á hacerse republicana, viendo en la República su emancipación. La imprudencia del gobierno sólo es comparable á su avaricia.

Aquel día tuvo una gran influencia para nuestro porvenir. Marcas nos confirmó en nuestra resolución de dejar á Francia, donde las superioridades jóvenes y llenas de actividad se encuentran aplastadas por el peso de las medianías advenedizas, envidiosas é insaciables. Comimos juntos en la calle del Harpe. Desde entonces, de nosotros á él existió un respetuoso afecto, y de él á nosotros la protección más activa en la esfera de las ideas. Aquel hombre lo sabía todo y lo había profundizado todo. Estudió para nosotros el globo político y buscó el país en que las probabilidades fuesen á la vez más numerosas y más favorables para el logro de nuestros deseos. Nos señalaba los puntos que debían ser objeto de nuestro

estudio; nos hizo darnos prisa, explicándonos el valor del tiempo, haciéndonos comprender que la emigración tendría lugar en breve, dando por resultado la desaparición de Francia de la crema de su energía y de esos talentos jóvenes y de esas inteligencias que siendo necesariamente hábiles, habían de escoger los mejores puntos, y que, por lo tanto, era cuestión de darse prisa para llegar los primeros. Desde entonces, velamos muchas veces á la luz de un quinqué. Aquel generoso maestro nos escribió algunas memorias, dos para Justo y tres para mí, que son admirables instrucciones y que encierran esas enseñanzas que sólo la experiencia puede dar y esos jalones que sólo el genio puede plantar. Hay en estas páginas perfumadas de tabaco, llenas de caracteres de una cacografía casi jeroglífica, indicaciones de fortuna y predicciones infalibles. Se encuentra en estos escritos opiniones sobre ciertos puntos de América y de Asia, que, antes y después de que Justo y yo hubiésemos podido partir, se realizaron.

Por lo demás, lo mismo que nosotros, Marcas había llegado á la más completa miseria; ganaba lo necesario para comer, pero no tenía ropa interior, trajes, ni calzado. Había soñado con el lujo al soñar con el ejercicio del poder, de modo que no se reconocía por el Marcas verdadero. Su forma le tenía sin cuidado y la abandonaba al capricho de la vida real. Él vivía gracias al aliento de su ambición, soñaba con la venganza; y se reprochaba á sí mismo el entregarse á un sentimiento tan bajo. El verdadero hombre de Estado debe ser, ante todo, indiferente á las pasiones vulgares; como el sabio, sólo debe apasionarse por las cosas de su ciencia. En aquellos días de miseria fué cuando Marcas nos pareció grande y terrible; había un no sé qué de espantoso en su mirada, que contemplaba un mundo más del que contemplan los hombres ordinarios. Era para nosotros un objeto de estudio y de asombro, pues la juventud (¿quién de nosotros no

ha sido joven?) la juventud, repito, experimenta una viva necesidad de admiración; le gusta tener ídolos, es naturalmente inclinada á subordinarse á los hombres á quienes cree superiores, del mismo modo que se inclina también á todo lo que es grande. Nuestro asombro estaba excitado, sobre todo, por su indiferencia en materia de sentimientos: la mujer no había figurado para nada en su vida. Cuando nosotros hablábamos de este eterno objeto de conversación en Francia, nos dijo sencillamente:

—¡Las faldas cuestan demasiado caras!

Y como viese la mirada que Justo y yo habíamos cambiado, repuso:

—Sí, demasiado caras. La mujer que se compra, y es la menos costosa, exige mucho dinero. La mujer extingue toda actividad y toda ambición, y Napoleón la había reducido á lo que debe ser. Desde este punto de vista fué grande, y aunque amó en secreto, no dió el pernicioso ejemplo de Luis XIV y de Luis XV.

Descubrimos que, así como Pitt había tomado por mujer á Inglaterra, Marcas llevaba á Francia en su corazón; idolatraba á su patria, y no había en él un pensamiento que no fuese para su país. Su rabia al ver que tenía en las manos el remedio para el mal, cuya vivacidad le entristecía, y que no podía aplicarlo, le corroía incesantemente; pero esta rabia aumentaba aún, viendo el estado de inferioridad de Francia, comparada con Rusia é Inglaterra. ¡Francia en tercera fila! Este grito salía siempre á relucir en sus conversaciones. La enfermedad intestinal del país había pasado á sus entrañas. Calificaba de chismes de portero á las luchas de la corte con la cámara, luchas que revelaban los cambios y agitaciones incesantes que se oponen á la prosperidad del país.

—Se nos da la paz á costa de nuestro porvenir, decía.

Una noche, Justo y yo estábamos ocupados y sumidos en el más profundo silencio. Marcas se había le-

vantado para trabajar en sus copias, pues se había negado terminantemente á aceptar nuestros servicios, á pesar de nuestras vivas instancias. Nos habíamos ofrecido á copiarle un pliego cada uno de su labor, á fin de que no tuviese que hacer más que la tercera parte de su insípido trabajo; pero él se había enfadado y nosotros no insistimos. Oímos un ruido de botas finas en nuestro descansillo y levantamos la cabeza para mirarnos. Estaban llamando á la puerta de Marcas, que dejaba siempre la llave en la cerradura. De pronto oímos decir á nuestro gran hombre: «Adelante»; y después esta exclamación: «¡Usted aquí, caballero!»

—Yo mismo, respondió el antiguo ministro.

Era el Diocleciano del mártir desconocido. Nuestro vecino y aquel hombre hablaron algunos momentos en voz baja. De pronto, Marcas, cuya voz se dejaba oír rara vez, como ocurre siempre en una conferencia en que el demandante empieza por exponer los hechos, empezó á hablar de esta suerte:

—Si yo le diese fe, se burlaría usted de mí. Los jesuitas han perdido ya su preponderancia, pero el jesuitismo es eterno. No tiene usted buena fe ni en su maquiavelismo ni en su generosidad. Usted sabe contar con los demás, pero es imposible saber en qué se puede contar con usted. Su corte está compuesta de lechuzas que temen la luz y de ancianos que tiemblan ante la juventud ó que no se molestan por nada. El gobierno se apoya en la corte. Usted ha ido á buscar los restos del Imperio, como la Restauración alistó en sus filas á los cazadores de Luis XIV. Hasta ahora se han tomado las incertidumbres del miedo y de la cobardía por maniobras de habilidad; pero los peligros se presentarán y la juventud surgirá como en 1790. Ella fué la que hizo lo más hermoso de aquella época. En este momento, cambian ustedes de ministros, como cambia el enfermo en su cama de postura. Estas oscilaciones revelan la decrepitud del gobierno. Tienen

ustedes un sistema de ratería política que se volverá contra ustedes, pues Francia se cansará de esos subterfugios. Francia no les dirá á ustedes que está cansada, pues nunca se sabe cómo se parece y el porqué es obra del historiador; pero perecerán ustedes indudablemente por no haber pedido á la juventud francesa sus fuerzas y su energía, sus sacrificios y su ardor; por haber mostrado odio á las capacidades, por no haber escogido cuidadosamente del montón de esta hermosa generación, y por haber preferido en todo á las medianías. Usted viene á pedirme mi apoyo; pero pertenece usted á esa masa decrepita, á quien el interés hace odiosa, que tiembla, que se encoge, y que, porque ella se harta, quiere hartar á Francia. Mi fuerte naturaleza y mis ideas, serían para usted un veneno; usted me ha engañado dos veces y dos veces le he derribado, ya lo sabe usted. Para unirnos por tercera vez, tiene que ser de un modo serio. Me mataría si me dejase engañar otra vez, porque desesperaría de mí mismo, y el culpable no sería usted, sino yo.

Oímos entonces las palabras más humildes y la protesta más calurosa de no privar al país de los talentos superiores. Se habló de la patria, y Marcas, burlándose de su pretendido jefe, pronunció dos significativos ¡hum! ¡hum!

El hombre de Estado fué más explícito; reconoció la superioridad de su antiguo consejero, se comprometió á ponerle en situación de llegar á ser diputado y por fin le propuso un empleo eminente, diciéndole que, en lo sucesivo, él, el ministro, se subordinaría en todo á aquel de quien no podía de ningún modo prescindir. Entraba en la nueva combinación ministerial, y no quería volver al poder sin que Marcas ocupase un cargo como merecía su mérito; había hablado de esa condición, y Marcas había sido considerado como insustituible.

Marcas se negó.

—Nunca he estado en mejor disposición para cum-

plir mis palabras, ahora tengo ocasión para ser fiel á mis promesas ¿y se niega usted?

Marcas no respondió á esta última frase. Las botas se oyeron de nuevo en el descansillo, y el ruido se encaminó hacia la escalera.

—¡Marcas! ¡Marcas! gritamos los dos introduciéndonos en su cuarto. ¿Por qué se ha negado usted? El hombre venía de buena fe, sus condiciones son honorables, y, por otra parte, tendrá usted que ver á los ministros.

En un abrir y cerrar de ojos, dimos cien mil razones á Marcas; el acento del futuro ministro era ingenuo, y sin que nosotros lo hubiésemos visto, habíamos comprendido que no mentía.

—No tengo ropa, nos respondió Marcas.

—Cuenta usted con nosotros, le dijo Justo, mirándome.

Marcas tuvo el valor de confiar en nosotros; un rayo brotó de sus ojos, se pasó la mano por los cabellos, se descubrió la frente haciendo uno de esos gestos que revelan una creencia en la dicha, y cuando, por decirlo así, nos desveló su faz, vimos en él á un hombre que nos era completamente desconocido: Marcas sublime, Marcas en el poder, el espíritu en su elemento, el pájaro que recobra su libertad, el pez que vuelve á las ondas de su elemento, el caballo que galopa en su estepa. Aquello fué pasajero; su frente volvió á nublarse y pareció tener una visión de su destino. La sombría duda seguía de cerca á la esperanza de blancas alas. Dejamos á nuestro hombre entregado á sí mismo.

—¡Ah! ¡diantre! hemos hecho una promesa; pero, ¿cómo vamos á hacer para cumplirla? dije al doctor.

—Pensémoslo durmiendo, me respondió Justo, y mañana nos comunicaremos nuestras ideas.

Al día siguiente por la mañana, fuimos á dar un paseo por el Luxemburgo.

Habíamos tenido tiempo para pensar en el aconte-

cimiento de la víspera, y estábamos tan sorprendidos uno como otro del poco agibilibus de Marcas en las pequenececes de la vida, él, que no encontraba dificultad ninguna en la resolución de los problemas más complicados de política racional ó de política material. Pero esas naturalezas elevadas están todas expuestas á chocar con granos de arena y á errar el golpe en las más hermosas empresas, por falta de mil francos. Es la historia de Napoleón, que, por falta de botas, no se marchó para las Indias.

—¿Qué has encontrado? me preguntó Justo.

—He encontrado el medio de que me fien un traje completo.

—¿En qué casa?

—En casa de Humann.

—¿Cómo?

—Humann, querido amigo mío, no va nunca á casa de sus parroquianos; los parroquianos son los que van á casa de él, de manera que no sabe si soy ó no rico. Sabe únicamente que soy elegante y que sé llevar los trajes que él me hace. Voy á decirle que me ha caído de provincias un tío cuya indiferencia en el vestir me perjudica mucho en las mejores sociedades que frecuento y donde busco esposa: dejaría de ser Humann si me enviase la factura antes de tres meses.

El doctor encontró excelente aquella idea para una piececita, y detestable para la realidad de la vida, y dudó de su éxito. Pero, os lo juro, Humann vistió á Marcas, y como artista que es, supo vestirlo como debe vestir un hombre político.

Justo ofreció doscientos francos en oro á Marcas, producto de dos relojes comprados á crédito y empeñados en el Monte de piedad. Yo no había dicho nada de seis camisas y de la demás ropa interior necesaria, que no me costó más que el placer de ir á pedirselas á la primera oficiala de un taller, con la que había correteado todo el carnaval. Marcas lo aceptó todo, sin darnos más que las gracias que nos debía. Supo

los medios que habíamos empleado para entrar en posesión de aquellas riquezas, y le hicimos reir por última vez. Nosotros mirábamos á Marcas como armadores que viesen desplegar las velas á un buque cuyo equipo hubiese agotado todo su crédito y todos sus recursos.

Al llegar á esta parte de su relato, Carlos se calló y pareció oprimido por sus recuerdos.

—Y bien, ¿qué ocurrió? le preguntaron.

—Voy á decíroslo en dos palabras, porque no es una novela, sino una historia. No volvimos á ver á Marcas y el ministerio duró tres meses. El pobre Marcas volvió sin un céntimo y agobiado por los trabajos. Había sondado el cráter del poder, y volvía con un principio de fiebre nerviosa. La enfermedad hizo rápidos progresos y nosotros lo cuidamos. Al principio, Justo trajo al médico jefe del hospital en que había entrado como interno. Y yo, que por entonces habitaba el cuarto solo, fui el más atento de los enfermeros; pero los cuidados y la ciencia fueron inútiles. En el mes de febrero de 1830, Marcas comprendió que no le quedaban más que algunos días de vida. El hombre de Estado, á quien había servido de arma durante seis meses, no fué á verle, ni siquiera mandó á pedir noticias de él. Marcas manifestó el más profundo desprecio por el gobierno; pareció que dudaba de los destinos de Francia, y esta duda fué la causa de su enfermedad. Había creído ver la traición en el corazón del poder; pero no una traición palpable, visible y resultado de hechos, sino una traición producida por un sistema y por sujeción de los intereses nacionales al egoísmo particular. Bastaba su creencia en el abatimiento de su país para que la enfermedad se agravase. Yo fui testigo de las proposiciones que le fueron hechas por uno de los jefes del partido que él había combatido. Su odio á aquellos á quienes había intentado servir era tan violento, que hubiese consentido gustoso en entrar en la coalición que empezaba á for-

marse entre los ambiciosos que llevaban al menos una idea, la de sacudir el yugo de la corte. Pero Marcas respondió al embajador con las palabras: «¡Es demasiado tarde!»

Marcas no dejó ni para el entierro. Justo y yo tuvimos que tomarnos el trabajo de evitarle la vergüenza del carro de los pobres, y nosotros dos solos seguimos el coche mortuario de Z. Marcas, que fué arrojado en el foso común del cementerio de Mont Parnase.

Todos nos miramos tristemente al terminar esta relación, última que nos hizo Carlos Rabourdin, la víspera del día en que se embarcó en un bergantín, en el Havre, para las islas de la Malesia, pues conocíamos más de un Marcas, y más de una víctima de esa fidelidad política, pagada con la traición ó con el olvido.

En los Jardies, mayo de 1840.

FIN.

INDICE

	<u>PÁGINAS</u>
EPISODIO PRIMERO.—La señora de la Chanterie.	5
EPISODIO SEGUNDO.—El Iniciado.	130
Z. Marcas	243